

# **El perrito que no sabía mamar**



Cuento escrito por Ascensión Gómez  
Dibujos realizados por María Olmedo

2006

## EL PERRITO QUE NO SABÍA MAMAR

Ruflin era un perrito que no sabía mamar. Había nacido por la mañana temprano. Su mamá era una perrita no muy grande, de pelo muy corto y color canela, con una gran mancha blanca en la frente. Ruflin tenía una mancha blanca también en la frente, pero era de color marrón oscuro. Sus cinco hermanitos eran del color canela de mamá. Se habían cogido cada uno de ellos a una de las tetas de su madre y mamaban con placer todo el rato.

- ¿Qué hay que hacer para aprender a mamar? - preguntó Ruflin con voz lastimera.

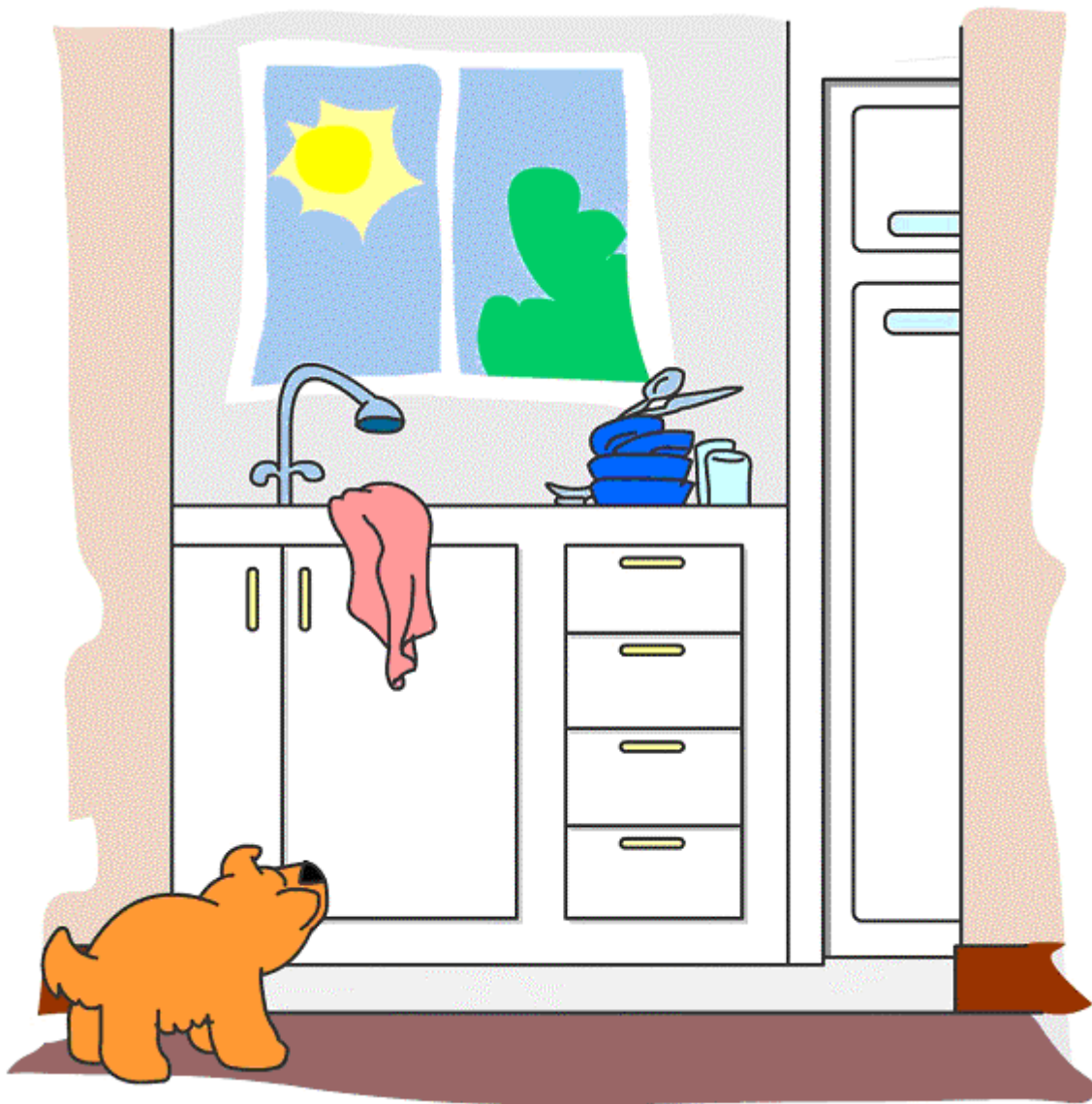
- ¡Quita, quita! - dijo Ron, uno de sus hermanos.

- ¡hummm, qué rica está! - habló Pitúsina relamiéndose el hocico y dando un empujón a Ruflin para que se apartara de su camino.



Viendo que nadie le hacía caso, Ruflin se fue a llorar a un rincón de la cesta donde estaba la mamá con su camada. ¡Tenía hambre! "Voy a probar otras cosas", se dijo a sí mismo haciéndose el valiente, "¡eso es! Buscaré comida por ahí y me alimentaré yo solito".

La mamá de Ruflin lo observaba desde su camastro, donde estaban mamando sus cinco cachorrillos. Se dio cuenta enseguida de la decisión que había tomado su hijito. Sonrió para sí misma y no dijo nada. Esperaría a que él solito se diera cuenta de que no hay nada en este mundo que se pueda comparar a la leche de una mamá.



De esta manera, inició Ruflin la primera aventura de su vida. Echó a andar hacia el interior de la sala donde se encontraba: una enorme y luminosa habitación de color blanco. La cocina. Elevó su pequeña naricita hacia arriba y empezó a olisquear. "Por aquí parece que huelo algo", pensó. Andando y olisqueando (y tropezando mucho porque aún era muy pequeño y un poquito torpe) llegó hasta un cuenco de color azul, bastante grandote, del que sobresalía una montaña de cosas de colores que no olían del todo mal. Se acercó un poco más. Con la lengüetita tocó una de aquellas cosas y... ¡puaj! ¡Qué áspero y qué seco estaba aquello! Definitivamente eso no se lo iba a comer por mucha hambre que tuviera. Decepcionado, pero no vencido, siguió su camino por la cocina. Lo que

acababa de probar era la comida de mamá que, claro., es para perros adultos no para cachorrillos curiosos.

Andando y andando, y cada vez más hambriento, alcanzó un cubo muy alto que tenía una bolsa negra dentro. Despedía un olor... cómo decirlo... bueno, un olor. No sabría decir a qué olía porque, entre otras cosas, su olfato no estaba del todo desarrollado y no era aún lo que algún día podría ser. El caso es que no distinguía la cantidad de olores diferentes que despedía aquel cubo. En fin, que andaba el perrito pensando cómo podría subir a lo alto de aquel armatoste cuando, de repente, una persona gigantesca se paró a su lado. ¡Qué pies tan enormes! ¡Eran más grandes que el propio Ruflin! Muy asustado se agazapó y se tapó los ojos con las patitas delanteras, rezando para que no le pasara nada. Empezaron a oírse unos extraños ruidos, se movió un poco el cubo... y algo le zarandeó la cabeza. Un silencio repentino le hizo darse cuenta de que se había quedado solo otra vez frente al inalcanzable cubo., pero al abrir los ojos encontró a su lado un montoncito de "algo" viscoso que despedía un olor fuerte y raro. A pesar del olor, se decidió a probarlo, ya que era una suerte que hubiese caído a su lado, ¿no? Dio un enérgico lametón y... escupió rápidamente, tosiendo, aquello tan malo que se había metido en la boca. "¡Qué asco!" se dijo, "no sé lo que será pero sabe muy mal; no puedo alimentarme con esto". No le gustaba la basura, no señor.



La mamá de Ruflin lo seguía con la mirada, divertida ante la infructuosa excursión de su pequeño. Decidió dejarlo un poquito más; a ver hasta dónde llegaría.

Ruflin siguió su andadura por aquella gran cocina. Al poco rato llegó hasta una especie de caja que estaba tirada en el suelo. De la caja caían unas gotas de líquido blanco; olía muy bien así que se animó mucho. "Esto seguro que me sirve". Se acercó hasta el charco de leche y lo lamió. "¡Hummm, qué rico!" se dijo. Dio unos lametazos más y se llenó la boca de leche. Tragar era fácil. Estaba buena, pero le faltaba algo...

En ese instante, la mamá de Ruflin se levantó y se acercó a su hijito tranquila y serena. Lo lamió y Ruflin se

regocijaba entre las caricias de su madre. ¡Aaaay! Se está tan bien cuando tu mamá te mima... miró a su madre a los ojos con total adoración.



- Y ahora, ven que te voy a enseñar a mamar - le dijo mamá en un susurro.

Trotando para que no se escapara su madre, Ruflin fue tras ella hasta el cesto. Los hermanos de Ruflin estaban plácidamente dormidos, por lo que disponía de todo el tiempo del mundo para él solito.

- Mira cielo, esto es una teta, ¿lo ves? Tiene un pezón que sobresale y una zona alrededor más oscura, ¿ves?

- Sí, mamá.

- Tienes que abrir mucho la boca; así (la mamá abre mucho mucho la boca para que su hijo la entienda bien). Cuando tengas la boca bien abierta, saca un poquito la lengua y trata de coger el pezón y toda la zona oscura para que se quede dentro de tu boca. Es muy importante que esté bien dentro de la boca de forma correcta porque sino me haces daño y tú no sacas nada.

Mamá acurrucó contra sí a Ruflin, que siguiendo sus instrucciones, abrió mucho mucho su boquita y atrapó el pezón. Y así, de pronto y sin saber cómo lo hacía, se dio cuenta de que sí sabía mamar. ¡Ohhhhhhh! ¡Qué bien sabe! La leche fluía al interior de su boca y la tragaba con deleite. ¡Esta leche sí que sabía a gloria! Pero lo mejor de todo era sentirse tan querido por mamá. Ruflin mamaba como todo un experto en cuestión de segundos.

Poco a poco se despertaron sus hermanos y todos juntos mamaron hasta quedarse redondos como bolitas. Antes de irse a dormir, Ruflin levantó las orejas, abrió los ojos y le preguntó a su mamá:

- ¿Por qué yo no sabía mamar?

- Sí que sabías- contestó su madre- lo que pasa es que no has tenido paciencia. Todos los mamíferos saben mamar cuando nacen, incluso los humanos, aunque algunos son tan torpes que a veces les dan leche de vaca a sus bebés, como si quisieran tener terneros en vez de humanitos. Lo único que hace falta para mamar es amor y paciencia, hijo.

- Gracias mamá. Eres maravillosa.



- Gracias a ti hijito. Para mí, darte de mamar es lo más maravilloso del mundo.
- Buenas noches mamá.
- Buenas noches mi pequeño.



**Fin**